

Carta para tres escritores venezolanos (II)

MANUEL BERMUDEZ

Miguel Otero Silva, Aquiles Nazoa y Gabriel Bracho Montiel le dieron a la palabra una gracia tan especial que, en época de la dictadura perezjimenista se burlaban de la aduana de la censura y restañaban las heridas que aquélla le infería a la Patria, la mestiza. Los estudiantes de los años cincuenta deben gran parte de su saber honesto a la escritura de esos caballeros. Miguel Otero, usted comenzó diagnosticando a la Patria enferma de tiranía y de falso caudillismo. *Fiebre*, su primera novela, es un intento de curación a través de la palabra. La juventud del escritor justifica el temor al manejo del verbo. Y con plena conciencia del oficio, el narrador invoca al atormentado Dostolevski para que exprese el drama y la tragedia de su país en época de Gómez. Veinte años más tarde, en plena dictadura de Pérez Jiménez, Otero Silva reaparece con una novela de corte tradicional, donde muchos personajes andan como "los gafos" de Ramos Sucre, con las paredes del cuerpo y del alma agrietadas de incuria y de lepra. Sin embargo, hay una muchacha que es un blanco velero de esperanza y un negro trinitario que, en su mestizaje lingüístico, le pide un trago de caña en inglés, francés y latín, y la muchacha se lo sirve con la mejor sonrisa venezolana.

Esta manera de decir las cosas con un código distinto al de la lengua natural revela una búsqueda del autor. El mismo personaje femenino emigra de Ortiz y se mete tierra adentro. En un peladero, donde brota de pronto la metátesis petrolera,

se establece como pionera de lo que será después la pujante ciudad de El Tigre. En Oficina N° 1 el paludismo y la hematuria han quedado atrás. Pero la sombra de la dictadura no ha desaparecido. El advenimiento de la libertad ofrece otro lenguaje y Otero Silva no elude el compromiso. Delante y detrás, a un lado y al otro, y arriba y abajo de las palabras está el país, Patria, la mestiza.

Cuando aparece el boom literario en Latinoamérica, se produce una ruptura en las formas y contenidos del mundo novelesco. Miguel Otero sorprende a sus lectores con un collage narrativo donde son evidentes ciertas técnicas de relato extrañas a su estilo. No obstante, la novela trae, a manera de pórtico, un prólogo cargado de significantes. Es un discurso paródico donde se trata lo europeo con óptica hispanoamericana. Una verdadera anticipación a lo que años más tarde, en gran escala hará Carlos Fuentes en *Terra Nostra*, lectura creadora y personal que hace el escritor mexicano de la cultura europea a través de los signos más expresivos de la Cristiandad. Aquella búsqueda se interrumpe porque Otero Silva se deja seducir, una vez más, por los engendros de Patria, la mestiza.

Cerca del Campo de Carabobo, donde nació la Patria, queda Canoabo. De allí es Vicente Gerbasi, hijo de una inmigrante italiana, venido de las costas del mar Tirreno. Cuando murió su padre, el hijo le escribió un poema largo, *Mi padre*, el in-

migrante, que es una de las grandes elegías venezolanas, donde la vida y la muerte se reducen a dos verbos (venimos/vamos), y a un solo sustantivo (la noche). En este triángulo lingüístico, el paisaje de Patria, la mestiza, va borrando toda una cultura del trigo, del olivo y de la vid para enseñorearse en el reino de las sombras y la luz. Acomodando palabras, como quien levanta una casa, Gerbasi va objetivando el espíritu de la Patria en su elegía. Árboles, frutas y animales; colinas, pantanos y comarcas, ríos, selvas y vientos; y todas las criaturas animadas o no por la mano del Creador, forman su universo semántico. Más que la visión del paisaje, el poema de Gerbasi es una intuición simbólica que se oscurece y se ilumina. Es un tejido fónico que moviliza todos los sentidos del lector. La gracia táctil del "áspero cuero de tigre", se combina con la cinética y visual metáfora de su "estrellada lentitud de arqueado lomo". Hay una primaria gustación cuando "el viento vegetal lame las peñas"; y apenas se oyen "los tensos pasos" que "hunden las flores de la noche en la memoria".

La elegía es un juego de recuerdos donde el padre se acerca y desaparece; y su condición de inmigrante, de hombre venido de otra tierra se va esfumando con la fuerza telúrica de la Patria. Pero lo telúrico aquí no es puro referente del objeto que la palabra nombra. Es sonido, boceto y música de la tierra. De allí que el mestizaje con la Patria sea un mestizaje sonoro, aun cuando el tema o asunto del poema

tenga un sentido melancólico.

Queriendo a la mestiza, ustedes han auscultado la raíz espiritual de la Patria y han diagnosticado la metáfora de sus enfermedades, para decirlo con palabras de Susan Sontag. Durante casi medio siglo, ustedes han venido viviendo el tránsito que va de la palabra escrita que Amado Alonso llamó espíritu objetivado a la imagen electrónica que Abraham Moles llama telepresencia. Han visto cómo la imagen electrónica se alimenta de palabra escrita y crea mensajes diferentes que llegan al gran público espectador avasallándolo, lo cual ha convertido al escritor en un ser aislado, poblado de soledades en medio del gran tráfago humano. Si a esto agregamos que Martin Heidegger, en entrevista póstuma, vaticina el triunfo de la Cibernetica sobre la Filosofía, cabe preguntarse cuál será el destino de nuestras letras que, para los gañanes que octavio-pastan en los huertos de Mallarme, son frutos horros del pasado siglo.

Finalmente quiero decirles que mi oscuro nombre de mestizo intelectual fue escogido para presidir la Comisión Organizadora del II Congreso de Escritores Venezolanos, a celebrarse en Caracas, entre el 21 y 24 de mayo del presente año. Pensando en la dedicación y abnegación que ustedes han tenido por el destino intelectual y las letras del país, les formulo una cordial invitación para que participen en una conversación inaugural sobre la dramática aventura que significa ser escritor de esta Patria, la mestiza.